

**Prof. Pedro Godoy P.
Prof. Gustavo Galarce M.
Walter Bilbao Vilches
Guillermo Sepúlveda Castro**

NICOLAS PALACIOS

pasión y doctrina



**Centro de Estudios Chilenos
CEDECH**

Centro de Estudios Chilenos CEDECH
cedechtaller@gmail.cl
www.premionacionaldeeducacion_blogspot.com

Tercera Línea Identidad
terceralinea@terceralinea.cl
www.terceralinea.cl

NICOLAS PALACIOS PASION Y DOCTRINA

© Varios autores

Registro de Propiedad Intelectual N°: 210.459

Derechos reservados para todos los países.

Se terminó de imprimir esta edición
en el mes de noviembre del 2011

Impreso por B&J Impresores
Nataniel 1295 - Santiago
F.: 5514229

Edición a cargo de Editorial Tienponuevo

Se prohíbe la reproducción parcial o total de este libro
en Chile o en el exterior.

Ninguna parte podrá ser transmitida o almacenada por ningún
medio mecánico, químico, óptico, electrónico o fotocopiado,
sin autorización previa de los autores.

Impreso en Chile / Printed in Chile.

PRESENTACION

*«Yo he conocido cantores
que era un gusto escuchar
mas no quieren opinar
y se divierten cantando,
pero yo canto opinando
que es mi modo de cantar».*

José Hernández: «Martín Fierro»



NICOLÁS PALACIOS
1858 - 1927

X Este egregio chileno fallece el 11 de junio de 1911. Con motivo del centenario de su desaparición física CEDECH y Tercera Línea, dos agrupaciones que lo exaltan como precursor, lo hacen objeto de homenaje ente monumento erigido para exaltar su obra magna, en la ladera del cerro Santa Lucía. La conmemoración incluye también incorporar, a la Biblioteca de Autores Malditos, debidamente digitalizada, la obra “Raza chilena”¹. Se inserta nota biográfica en órganos de prensa internos y externos². Amén de lo expresado se programa republicar el presente estudio que adscribe, además, piezas documentales y fotográficas y la disertación sobre el deterioro de nuestra identidad que dicta en el Salón de Honor de la Universidad de Chile. Resulta necesario hacer presente que ya el 2007 se publican, con el nombre de “Día de sangre”, los reportajes de Palacios que figuran en prensa porteña. Datan de febrero de 1908, apenas un mes después del genocidio conocido a través de la “Cantata de Santa María” de Luis Advís.

1. www.autoresmalditos.cl

2. www.premionacionaldeeducacion.blogspot.com/2011.nicolaspalacios.html

A Nicolás Palacios –en nuestras descastadas aulas que viven de rodillas ante Europa y EEUU y de espalda a lo criollo- no se le menciona. Ello supone mayor compromiso para divulgar su vida y obra. Con suerte se le ubica por “Raza chilena” y a renglón seguido siempre hay quien lo denosta como precursor del nazifascismo y formulador de extravagante teoría que exhibe al roto como empalme de lo gótico y lo mapuche. Sin embargo, se trata de un insigne compatriota que integra la legión del Centenario. Al aprestarse el *establishment* a festejar los 100 años de vida republicana brotan contestatarios. Uno de ellos –quizás el adelantado– es el ideólogo que motiva este texto. Expresa las angustias de un hombre de la mesocracia. Es un destacado “*autoflagelante*” del Centenario. En esa promoción sobresalen Guillermo Subercaseaux Pérez, Tancredo Pinochet Le-Brun, Francisco Antonio Encina, Julio Saavedra, Luis Galdames, Alberto Edwards, Alejandro Venegas, Pedro Allende³. Estos “*aguafiestas*” las emprenden contra el festejo. Enjuician el desgobierno propio del parlamentarismo y la desmoralización de la clase política. Estima corrupta a la elite dirigente. Denuncian la miseria de “*los de abajo*” y el lujo insultante de la “*la gente linda*”. Critican la decadencia moral de la administración

3. *Su prematuro deceso le impide integrar el equipo fundador del efímero Partido Nacionalista, constituido en 1913.*

pública, en la que menudean los desfalcos, sustracciones de documentos, falsificaciones e incompetencia. Los inquieta la desnacionalización de la economía y el eurocentrismo de la elite así como la pauperización de las clases populares.

Su biografía exhibe tres datos que son claves: provinciano, de clase media y producto del Estado docente. Nace en Santa Cruz, Colchagua –riñón de la chilenidad- en 1854. Cursa básica en lo que entonces es un aldeón de casas de adobe y teja. Luego en Santiago estudia en el Instituto Nacional. Ingresa, con posterioridad, a la Facultad de Medicina de la Universidad de Chile. Contribuyen a plasmar sus convicciones Francisco Bilbao, Diego Barros Arana, Manuel A. Matta y, de modo particular, José V. Lastarria. Sus estudios médicos lo empujan a la doctrina darwinista y se hace devoto de Spencer. Al estallar la Guerra del Pacífico se incorpora a la campaña. En 1890 obtiene el título de médico cirujano. Sobre la marcha analiza a Gobineau, Ammon, Lapouge y Chamberlain. En esos años se sumerge en las obras de biología, etnología, psicología, filología e historia de España y Chile. Apoyado en tales estudios se entrega a la dilucidación del origen del pueblo chileno. Se afirma que es la etapa en que se gesta “*Raza chilena*”. De estos afanes nos ilustra el testimonio de su hermano –Senén Palacios– en texto incluido en esta obra.

En la contrarrevolución de 1891 simpatiza con los principios jurídicos enarbolados por los adversarios de Balmaceda: libertad electoral y preponderancia del Poder Legislativo. A poco andar –después de Concón y Placilla– y ya radicado en Iquique, suscribe el programa del Presidente mártir propiciando la nacionalización de las salitreras, de la ferrovía y de la banca. Ello lo empuja a una postura nacionalista. Al capitalismo británico y a la oligarquía criolla las visualiza como enemigos. Combate la denominada "Combinación Salitrera" cuyo manejo es londinense. De allí que los británicos residentes lo aíslen etiquetándolo de “*boxer*”. Equivale ayer a “*vietcong*” y hoy a simpatizante de *Al Qaeda*. Brega por dar al Estado un mayor protagonismo económico y es proteccionista, es decir, se adscribe al nacionalismo económico. No obstante, sorprende que –entre sus lecturas– esté ausente Federico List el autor de “*El sistema nacional de economía política*”. Pese a ello se opone al liberalismo que, desde la Universidad de Chile y el Ministerio de Hacienda, difunde el francés Juan Gustavo Courcelle Seneuil, quien es el precursor del modelo impuesto por los Chicago Boys y perfeccionado por la Concertación.

Su trabajo de médico en los campamentos le permite conocer *in situ* al pueblo trabajador que ve sometido a duras condiciones de vida. Su permanencia

en Tarapacá se traduce en adhesión apasionada a las clases populares. Sus estudios los complementa con la observación directa "*conversando con jornaleros, mayordomos y artesanos*". Allá, en el norte, prepara su obra tan magna como controvertida: "Raza chilena". Este texto –recientemente reeditado– posee carácter patriótico. Se equivoca en aquella parte donde expone sus teorías raciales. Sin duda, el chileno medio no es un espécimen mixto tudesco-mapuche. No obstante, es tan lúcido como irreverente al dar señal de alarma ante los problemas económicos y sociales de Chile. Su publicación es patriótica protesta frente al colonialismo económico, las injusticias imperantes y el lujo insultante de la elite. Así lo reitera en las crónicas de prensa en que denuncia la masacre de pampinos en huelga. Eso que el "*roto*" es un mestizo góticomapuche es doctrina con la cual no se coincide. El chileno legítimo –sostiene– es ajeno a la latinidad, aunque sus apellidos indiquen lo contrario. No obstante, su defensa del mestizaje como fenómeno es un aporte que contribuye a superar el afán euroblanquista impuesto al país por la casta dominante.

Palacios, en una sesión del Ateneo, con el patrocinio de la Asociación de Educación Nacional, expone su trabajo "*Decadencia del espíritu de nacionalidad*" que hoy se republica. Es difícil definirlo con esa precisión reduccionista tan difundida de

“izquierda” o “derecha”. Lo cierto es que escapa a tan estrecha y afrancesada clasificación. Ubicarlo dentro de una filiación ideológica precisa es imposible. Defiende la democracia social y condena al socialismo. Denuncia las miserables condiciones de vida de campesinos y mineros. Las conoce empíricamente por ser oriundo del Chile central y por vivir tres lustros en el norte salitrero, ejerciendo su apostolado en contacto con los pampinos. Es crítico de la clase dominante y, en cambio, reivindica a la masa popular. La exalta en lo biológico, en lo psíquico y en lo social. La estima postergada enjuiciando como torpe traer inmigrantes europeos para la colonización agraria. Igual que el ilustre Simón Rodríguez exige colonizar con criollos. Estos se ven obligados a migrar a Argentina. Sin embargo, no abre fuegos sobre la política inmigratoria del siglo XIX cuyo promotor es Vicente Pérez Rosales. Aun más, hace una venia a la inmigración alemana. Condensa las opiniones expuestas en la dicha conferencia. Imposible con glosarla.

Con notable clarividencia promueve aplicar un impuesto especial a los inversionistas extranjeros. Es el *royalty* que hoy es algo novedoso en Chile. No sólo eso, también denuncia que el monopolio nuestro sobre el nitrato de sodio está amenazado por la fabricación de salitre artificial que ya comienza a

comercializarse. Urge a la autoridad a nacionalizar los yacimientos de caliche. Aun más invita a reflexionar sobre el desdén colectivo que hay en la ciudadanía por quien propicia prescindir de los empresarios extranjeros. En esa idolatría por lo exótico cuyo correlato es el desprecio por lo autóctono visualiza la semilla del complejo de inferioridad que abre la puerta a los imperialismos. Enjuiciará la doctrina –aun hoy en boga– de favorecer la inmigración europea que apunta, de modo solapado a desplazar al criollo y a imaginar representa la “*barbarie*” y los que arriban, la “*civilización*”⁴. Con el agravante que permanecen como quistes ajenos a la nacionalidad y algo peor, su descendencia se siente tributaria del terruño nativo de sus progenitores y con el peligro derivado que por el *ius solis* los habilita para el desempeño de cargos públicos. Enjuicia el capitalismo parasitario foráneo que utiliza el país como un “*paraíso fiscal*”

4. *El siglo XIX iberoamericano padece la autodenigración que empalma con el desprecio por lo criollo. Se enciende con la Independencia. Las oligarquías lugareñas legitiman la ruptura con la Corona recurriendo a la Leyenda Negra hispanofóbica. Añaden a esta postura el desprecio por lo aborigen. No sólo lo anotado; también devalúan –o niegan– el mestizaje, proclamándose europeos. Ver de Godoy y Galarce “Bicentenario e identidad”: www.limanorte.com/docs/bicentenario_identidad.pdf y consultar www.pensamiento nacional.com.ar/contenedor.php?idep.g=gullo_012_que_festeja_la_uba.html*

y promueve el fomento fabril interno, es decir, una política de sustitución de importaciones para evitar “*el desplazamiento de artesanos y operarios chilenos*”. Insistirá en favorecer la marina mercante por “*razones económicas y de seguridad*”. Un análisis minucioso de las tesis palacianas y, en particular de su conferencia del 2 de agosto de 1908, retratan el nacionalismo libertador –a 100 años– conserva vigencia. Imposible no añadir que su nacionalismo está restringido a Chile. No es irradiante como el expuesto un decenio más tarde, entre otros, por Joaquín Edwards Bello.

Lo social es tan potente como lo nacional en su concepción. Colabora en la prensa firmando notas como *Justo Pérez* o “*Un Roto*”. Su tema principal, aunque no único: la explotación padecida por los obreros salitreros. Esta inquietud –se reitera– es permanente en toda la obra palaciana. Volverá a actualizarse con fuerza en varios reportajes a la masacre de la Escuela Santa María. Los remite a Valparaíso. Constituyen la denuncia más contundente del genocidio. Los publica el diario “El Chileno” sostenido por el Arzobispado de dicho Puerto. Es rescatado por Pedro Godoy y Gustavo Galarce al conmemorarse el centenario de aquella hecatombe. En brega con los microfilms de la Biblioteca Nacional se logra publicar “*Día de sangre*” entregada –con el auspicio de la Universidad Arturo

Prat– al juicio ciudadano en 2007. Es testimonio del compromiso de Palacios con el Pampino Desconocido y, en general, con el mundo pobre lo cual verifica que el ideólogo imbrica el nacionalismo con su afán de justicia social. Vale la pena que tal publicación se dedica a nuestro colaborador el Dr. Diego Whitaker Rojas quien –amén de padecer incomprendimientos de montescos y capuletos- es un apóstol de la medicina social en Santiago surponiente y –sin anhelarlo- es un fiel discípulo del autor de “Raza chilena” por su devoción patriótica y afán de servicio a los humildes.

Sorprende la penetrante visión que exhibe. Sus radares perforan la cortina ideológica de los imperialismos. Desde el villorrio salitrero –en aquel Norte Grande convertido en factoría británica– y la capacidad de leer entre líneas lo empujan a simpatizar con la insurgencia boxer que conmueve a China, con la resistencia nacionalista de la India al coloniaje británico y se siente interpretado por el Sinn Féin, movimiento insurreccional antibritánico de Irlanda. No obstante, no advierte la manipulación de Londres en la Guerra del Pacífico ni menos en la Contrarrevolución de 1891. Tampoco visualiza entonces ya vigoroso peligro yanqui que se expande sobre México (1838) y cubre el Caribe (1898). Lo anotado expresa su distancia respecto al anarquismo y al socialismo que son tendencias mundialistas, pues su fe la deposita

en la fuerza de la nación oprimida ante las megapotencias. Por tal motivo el autor de “Raza chilena” se emparenta con esa variopinta galería en que entremezclan caudillos como Grove y Albizú Campos, Ho Chi Minh y Perón, Gandhi y Mandela.

La educación pública es motivo de inquietud para Palacios. Insiste que constituye un escándalo que 70 de cada 100 chilenos sean analfabetos. Informa que el Congreso rechaza el proyecto de instrucción básica obligatoria. Como todos los representantes contestatarios del Centenario impulsa ese texto legal que dos decenios después logra imponerse durante la Presidencia de Juan Luis Sanfuentes. Argumenta: *“la escuela es una fábrica de fuerza social y la ilustración un arma de triunfo en la lucha por la vida. No debemos omitir ningún esfuerzo hasta obtenerla para todo chileno. No nos detengamos ante el dilema que las escuelas sean laicas o conventuales. Lo importante es que existan. Todo roto sabe de lo importantes que son y si quedan ignorantes es porque no han tenido una en cuatro leguas a la redonda a donde matricular a sus hijos”*. Sin embargo, insiste en que impartan una educación tecnológica y no palabrera. En ello antecede a Francisco Antonio Encina que un lustro más tarde replantea esta doctrina pedagógica con mayor fundamento en *“Nuestra inferioridad económica”* y en *“La educación económica y el liceo”*.

Al analizar la ocupación de los espacios vacíos estima que la agricultura todavía posee futuro. Sin embargo, nuestro territorio debe ser, a su entender, poblado en forma sistemática por chilenos y no por emigrantes extranjeros. Al vincularse al suelo, en debidas condiciones, prospera y produce. Condena la estrategia de colonización cuyo móvil es generar un nuevo latifundio vía remate de predios fiscales. Su sueño es plasmar de clase media rural de granjeros tipo *farmers* de EEUU con afán modernizador del agro y cuya labor genere chilenidad rural. Es defensor apasionado de los mapuches, víctimas de la ominosa expropiación de su terruño no por España, sino por la administración del Presidente Domingo Santa María. Problema—como sabemos—con solución aún pendiente. Aboga también por otros damnificados: los colonos criollos de cuyas hijuelas son desalojados—igual que los araucanos— por tinterillos venales, jueces corruptos y la fuerza pública. No escapan de cuestionamiento las concesiones a empresas extranjeras de vastas extensiones en la Patagonia para la explotación ovina. Siempre, alega, “*se privilegia al extranjero y se perjudica al paisano*”.

El programa de Nicolás Palacios —se reitera— es un vigoroso nacionalismo constructivista. Sus puntos esenciales tienden a generar justicia social, obligatoriedad de la educación tecnológica,

nacionalización de la minería y, en particular, del salitre, establecimiento de la industria pesada, fomento de la producción agropecuaria, protección de los emprendimientos fabriles internos, desarrollo de una flota mercante y pesquera. Un siglo ha transcurrido desde que formula este programa así como esos reportajes reeditados sobre la masacre de pampinos en Iquique el 21.12.1907. Son contribución al rescate de la memoria colectiva. El ideario posee actualidad, porque representan la fe en lo que somos y combaten la siutiquería de imitar lo foráneo y de vivir en la impostura de creernos europeos. Ya no se repite aquello de que “*somos los ingleses de América del Sur*”, pero perdura en nuestro ADN. Advierte además acerca del cosmopolitismo que hoy se denomina “*globalización*”. Constituye un hálito de entusiasmo en un país –que al igual que otros de nuestra América– padece de complejo de inferioridad, es decir, de autoestima deprimida por la sostenida campaña de desprestigio de sus raíces indioibéricas. En esa secular empresa de desinformación que apunta a erosionar la imagen de los ancestros cuaja la manida frase “*la raza es la mala*”. Ello mientras se cubre de elogios al euroinmigrante y se rinde pleitesía a su progenie. Desde el fondo de la historia este médico apostolar invita al orgullo de lo que denomina “*raza chilena*” y que, por sobre la genético, es lo étnico, es decir, lo social y –contrariando la blancocracia de la elite– exalta como motivo de orgullo el mestizaje.

RETRATO DE MI HERMANO

Senén Palacios¹

«Triste cosa es no tener amigos... Más triste aún es carecer de enemigos, porque quien enemigos no posea es señal que está privado de talento que haga sombra, de coraje que teman, de honra que envidien o bienes que codicien».

Baltasar Gracián

1. *Hermano menor del autor de "Raza chilena". Nace en 1858 y fallece en 1927. Pertenece a la Generación del Centenario. Obtiene premio por su novela de costumbre "Hogar chileno" en concurso de 1910. Destaca también como memorialista con la obra "Otros tiempos" publicada en 1923.*

RAZA CHILENA



LIBRO ESCRITO POR UN CHILENO



I PARA LOS CHILENOS



IMPRESA Y LITOGRAFIA ALEMANA
de GUSTAVO SCHÄFER
VALPARAISO

1904



Nace el autor de “Raza chilena” en 1854, Santa Cruz, aldea colchagüina, y fueron sus padres Faustino Palacios y Jesús Navarro, ambos chilenos, siendo Nicolás el mayor de seis hermanos, tres de ellos mujeres. Cobijó su cuna un modesto hogar donde cantaban los grillos en el sosiego de una mansión campesina. Era digna de respeto la casa paterna y grande como un solar antiguo, con delicioso huerto a orillas del estero Guirivilo. El padre dedicábase al comercio y a trabajos agrícolas de escasa importancia, cultivaba su viña y el potrero de siembra.

Fue un niño sano y muy rubio. A los 10 años muda el color de su cabello que pasa a negrísimo como el ala de un cóndor de nuestras montañas. Era el predominio racial en su primera infancia de la herencia paterna, de estirpe goda casi pura. Más tarde comienza a predominar la herencia materna, más rica en sangre araucana. Representaba, por consiguiente, el tipo netamente chileno, mestizo, producto étnico de la fusión de dos ramas, la conquistadora con la conquistada.

A los 15 descollaba por su gentil apostura y una precoz inteligencia. Con desbordante alegría de niño

travieso y sin miedo entregábase a mil ejercicios temerarios, saltando acequias, trepándose a los árboles más altos, montando potrillos indómitos o toreando vacas bravías, con grave peligro y riéndose. A veces, a campo traviesa, rompiendo cercos y corriendo por los potreros, llegaba a las márgenes del caudaloso Colchagua. Se desnudaba al instante, arrojábase desde algún barranco a lo más profundo y ancho para cruzarlo a nado.

Aquella vida libre como el viento, en pleno ambiente campesino, desarrolló su temperamento vigoroso, haciendo germinar, en su alma juvenil, un amor entusiasta por las bellezas de su propia tierra, a las que tributa. en seguida ese culto noble y grande que los hombres de sentimiento rinden a la naturaleza, trocándose más tarde en amor a su patria. Su imaginación inquieta le arrastraba a oír con interés, expresando la más viva emoción en el semblante, los cuentos relatados alrededor del brasero, gustando de aquellas relaciones en que aparecía la Calchona, Pedro Urdemales o el Diablo.

Aprendió el silabario e hizo sus primeras letras en la escuela del pueblo. Salía siempre victorioso en aquellas famosas luchas entre Roma y Cartago. Durante los recreos nadie jugaba mejor a la chueca, en cuyo ejercicio era diestro como un araucano, ni nadie daba un salto más atrevido, una carrera más rápida, ni una bofetada más fuerte... Por esa época murió nuestra madre, tan dulce y tan buena, dejando a sus hijos en la

semiorfandad. Tan triste circunstancia influyó poderosamente en Nicolás, privándole del calor del regazo materno.

Queda desde entonces bajo la exclusiva dirección del padre, que siendo hombre dominante y severo, educado a la antigua, y del tiempo en que los hijos trataban de su merced al propio padre, besándole la mano en señal de vasallaje, excluía del trato familiar las intimidades cariñosas, creyéndolas halagos femeniles. Exigía, a cambio, obediencia y respeto absolutos. No obstante, sus hijos vivían seguros de su cariño, viéndolo palpitar en el fondo de sus penetrantes ojos zarcos cuando en silencio los contemplaba. Por lo demás, era persona instruida y gustaba, al oscurecer, explicar a Nicolás el movimiento de los astros, enseñándoles el nombre de las constelaciones y acostumbrándole desde niño a leer, en ese gran libro que es el cielo, durante la noche. A su lado y bajo ese régimen comenzó a ejercitar la atención, elevando su pensamiento a meditaciones de orden superior.

Llega por fin el día en que fue necesario mandarle a estudiar a Santiago. Entraba en sus 14 años y había aprendido en la escuela cuanto allí podían enseñarle. Ese viaje fue la realización de un deseo largo tiempo acariciado. Partió a la capital como a un mundo maravilloso, lleno de alegría, pero llevándose en el alma el cariño de los suyos y en el fondo de sus ojos la imagen de su pueblo. Ingresa al Instituto Nacional,

regentado a la fecha por Diego Barros Arana, el famoso e inolvidable maestro. Desde el primer día sentó plaza de guapo, poniendo a raya, gracias a sus puños, a los muchachos diablos que intentaron tomarle el pelo.

Cuando regresó por vacaciones trajo los certificados de sus exámenes. Fue grande el gusto que tuvo mi padre al estrecharlo entre sus brazos, no fué menor el nuestro, sus hermanos y hermanas. Enorme, la alegría ruidosa de Nicolás al verse entre los suyos, respirando a pulmones llenos el aire del terruño. A nuestras preguntas de como era Santiago, se puso a contarnos cosas prodigiosas, diciéndonos que la torre de San Francisco era gigantesca y el Portal Sierra Bella era una casa más grande que la Plaza de Santa Cruz. ¡Qué vacaciones aquéllas y todas las de su adolescencia dichosa! Con cuanta alegría regresaba cada año, escalando los cerros de la comarca y nadando en el río. Todo iluminado por el radiante sol del verano. Siempre recordaba con alegría los pañuelitos blancos de las hermanas, agitados desde lejos en señal de bienvenida o de adiós.

Por esa época, comenzó a dar señales de algo inusitado. Su alegría locuaz se trocó por instantes en silencioso recogimiento y se quedaba mustio y pensativo, mirando al suelo. al mirar, entre risueño y triste, a Teresa, una jovencita vecina nuestra, siguiéndola embelesado con la vista. Un día, a la caída de la tarde, les vi con las manos enlazadas. Otra vez les sorprendí abrazándose debajo de los naranjos. Al notar mi pre-

sencia, ella huyó veloz llena de vergüenza y él me miró con enojo. En otra ocasión los encontré solos tumbados de espaldas sobre el césped. Aquello que a mí me parecía un mal extraño, llenándome de temor, era la inquietud del adolescente al sentir los primeros ensueños de amor.

Por la misma época despertósele el gusto por los libros de imaginación, devorando cuanto encontraba a mano y lo que pudo conseguir en la Biblioteca Nacional de Santiago. Ello bajo la escrutadora mirada de su director que autorizaba de preferencia obras de divulgación teológica. Ruidosa fue su vida de estudiante en el Instituto, establecimiento que tuvo influencia perdurable en su educación. Allí adquirió cierto espíritu positivo y científico y el germen de un escepticismo religioso que lo hizo libre pensador, sin que nunca, empero, fuera sectario, porque siempre se manifestó respetuoso de las creencias ajenas. No fue de esos alumnos regalones o distinguidos que se llevaban todos los premios. Impedíasele su altivez casi montaraz incapaz de adular.

Era arrebatado en sus actos y temerario en sus palabras. Desde muchacho quiso tener la independencia de un hombre. Sin más guía que la voz vigilante de su conciencia, se negó a serle útil a los poderosos, lo que le cerró más tarde las puertas de la fortuna fácil. No cedía jamás ante lo que creyera una injusticia. Enemigo de los intrigantes, no sabía de dobleces ni disimulos. Acudía con entusiasmo a las riñas que se trababan entre ban-

dos de colegios rivales. Se le encendía toda la sangre araucana que llevaba en las venas, esa sangre del roto belicoso que bulle a borbotones cuando tocan a pelea. No le tenía miedo a nada ni a nadie. No era díscolo ni pendenciero, mas, lo seducían por raza aquellos entreveros que aquilatan el coraje. Sus compañeros le idolatraban y juntos hacían la cimarra largándose en alegres excursiones por los alrededores de Santiago. Hacían mil diabluras, escalando tapias y merodeando huertos.

No perdían fiesta pública. En el 18 de septiembre era de los primeros en llegar al Campo de Marte. Era el día del fogueo de las tropas. Se enardecía con el estruendo de las armas, el olor a pólvora: el fiero aspecto de los soldados rompiendo cartuchos con los dientes. Sentiase electrizado con la famosa carga de caballería, cuando los jinetes galopaban chivateando como los araucanos, blandiendo sus lanzas de coligue y haciendo retemblar el suelo. “*¡Viva la Patria!*”, gritaban los colegiales lanzando sus gorras al aire.

A 18 años de edad era un arrogante mozo de espaciosa frente reflexiva y escaso bigote negro, siendo el rasgo dominante la amplitud y firmeza de su mandíbula, signo de voluntad enérgica e impulsiva. Coursaba sus últimos años de humanidades haciendo vida de estudiante en casa de pensión. Con aquellos jóvenes provincianos como él y sus condiscípulos vivió diversiones,

amoríos y polémicas. Estas ardían por cualquier motivo, discutiendo, con la exageración propia de la edad, sobre ciencia, religión, política, arte.

Terciaba en ellas con vehemencia. Nunca fue hombre de fácil palabra capaz de improvisar medianamente en público, supliendo su falta de elocuencia con el gesto enérgico, la expresión mordaz y el acopio de ideas de que tenía bien nutrido su cerebro. Casi todos eran librepensadores, discípulos de las ideas de Bilbao en política y de Darwin en ciencias naturales. Patriarcas en Santiago eran Matta y Barros Arana. Algunos se hicieron espiritistas con Basterrica o positivistas con Lastarria.

En ese tiempo comenzó a ejercitarse en las letras, escribiendo verso o prosa, producción que destruyó por parecerle carente de mérito literario. En 1874 obtuvo su título de bachiller, acontecimiento al cual se daba gran importancia, creyéndose que aquel pomposo diploma abría las puertas poco menos que a la celebridad. Conforme a las ideas de esa época, mi padre le insinuó siguiese una carrera profesional, dejándole libertad de elección. Optó por la medicina. No encontró en ella lo imaginado, siendo, en aquellos años empírica y rutinaria, con muchas de las añejeces y aforismos en latín, pues la nueva escuela bacteriológica no había aun llegado.

A medida que su talento maduraba iba seleccionando las obras de su lectura. Las ideas atre-

vidas de Darwin sobre el origen de las especies lo apasionaron. “*El Quijote*” se lo sabía casi de memoria y lo hacía reír a carcajadas. De “*La Araucana*” recitaba en alta voz las estrofas viriles que cantan los hechos heroicos de la raza indómita. La Academia Literaria, de la que no perdía sesión, organizó certámenes literarios en los cuales obtuvo varios premios. Uno de ellos es una novela científica en boga con Julio Verne. Su actividad era asombrosa: estudios de medicina, lecturas interminables, pintura, escultura, trabajos literarios en prosa y en verso, partidas de ajedrez y de billar, amoríos... que fueron infinitos pues no se casó nunca. Era hombre desarreglado para vivir, haciéndolo todo al escape o a la diabla. Se rapaba en medio minuto, de dos pasadas rápidas de la navaja, muchas veces sin jabón y en seco, le daba lo mismo. Iguales eran sus hábitos en el arreglo de su persona.

Tampoco era de los que llevan cuenta prolija del dinero. Gastaba con generosidad lo poco que tenía. Caballeroso siempre, solía usar formas delicadísimas y originales para ayudar con dinero a sus amigos. Uno de estos, joven muy pobre y pundonoroso, andaba en grandes apuros. Lo supo y en el acto se fue a verlo y le dijo: “¿podría prestarme unos 20 pesos?” El otro clavó los ojos al cielo y con sonrojo le confesó que no tenía ni para cigarros, pero que si los tuviera, gustoso se los prestaría. “*Acéptemelos entonces a mí, porque ando con fondos*”,

le dijo sonriendo, y le pasó el dinero. Así era. La avaricia y la cobardía fueron los vicios que más detestó.

Una desgracia de familia, la muerte de una hermana en la primavera de la vida, lo hizo pasar por una terrible crisis que lo dejó en un estado vecino al sonambulismo. Era una sombra y ocultándose para llorar. Mi padre, temeroso de una doble desgracia, se lo llevó a Santa Cruz. Aproximábase 1879. Pronto estalló la Guerra del Pacífico, sacudiendo a Chile entero en una explosión de patriotismo que corrió como reguero de fuego, encendiendo el alma nacional de ardor bélico, que pronto se tradujo en una campaña memorable. Era una efervescencia con algo de locura que circulaba en una ciudadanía impaciente. La población entera en las calles, una multitud enorme frente a La Moneda o en las puertas de los cuarteles, aplaudiendo las gloriosas banderas.

Nicolás, enfermo y débil, asistía al espectáculo conmovedor de la nación en guerra, oía los toques del clarín llamando a los chilenos y vio partir de Santiago a las primeras tropas que a tambor batiente desfilaron por la Alameda en medio de multitud delirante. Gente del pueblo las acompañaba les daban sus adioses diciendoles “*¡Hasta luego, hermanitos! ¡Más rato nos vamos nosotros!*” Quiso partir de los primeros. Mas se lo impidió mi padre, viéndole aún enfermo.

En el episodio que voy a referir hay algo providencial por la forma que mi hermano me salvó la vida. Partí a la guerra sin avisar a mi familia. Sólo cuando estuve en el campamento escribí que formaba parte del batallón Atacama. Poco faltaba para que se librara la batalla de Tacna y vivía mi padre con la ansiedad consiguiente, pensando en la suerte que pudiera correr el menor de sus hijos. Rogábalo a fin que lo dejara partir y oponiase aduciendo toda suerte de argumentos para hacerlo desistir. Un día, medio en serio, medio en broma, le manifesté “¿Qué vas a hacer tu a la guerra? Allí no necesitan típicos” a lo que respondió Nicolás, “¿Y si hieren a Senén quien lo cuidará?” Palideció mi padre, y en silencio se puso a liar un cigarrillo. Dio en seguida, pausadamente, algunos paseos por el corredor, pensativo, mirando al suelo. Se detuvo y dijole: “Mañana mismo te vas. El corazón me avisa que has de llegar a tiempo”.

Partió Nicolás. Se libra la batalla de Tacna y una hora después de empezada, una bala me hiere en la mitad del pecho, dejándome tendido de espaldas sobre la arena. A lo lejos escuchaba ruidosos vivas anunciaban el triunfo de los nuestros. No obstante, allí estuve toda la noche en medio de silencio pavoroso y habría exhalado mi último aliento si no me auxilia oportunamente mi hermano. Había llegado la víspera de la batalla, toma parte en ella como cirujano del Cazadores del Desierto.

Terminada la acción y cumplido sus deberes profesionales con los heridos, corre al vivac del Atacama. Supo de mi mala suerte por el comandante del cuerpo. Prorrumpió en gritos de dolor y sale en mi búsqueda resuelto a encontrarme en aquella noche oscura, envuelto en las tinieblas de la camanchaca, que como sudario, cubría aquel extenso campo. Llámame por mi nombre y oye estertores de agonía y tropezando con muertos y extraviado. Sin encontrarme. Ya medio enloquecido al disiparse las tinieblas y apareció por fin radiante el sol. Sin embargo, para mí fue más espléndido que el cielo iluminado el rostro de mi hermano. Nos miramos un instante. Imposible describir aquella escena. Mi emoción fue tan intensa como la dicha suya de encontrarme y la pena de ver mi rostro desfigurado con una máscara de sangre. Después de recogerme en camilla y de prestarme cuidados, se embarcó conmigo hacia el sur, entregándose en los brazos de mi padre, como lo había prometido.

Cumplida su misión regresó al norte, toma parte en las batallas de Chorrillos y Miraflores y entró a la capital del país vencido a celebrar el triunfo. Terminada la guerra, volvió a Chile con el ejército victorioso, el que hizo su entrada triunfal por la Alameda de Santiago, conduciendo en alto estandartes que fueron testigos de la bravura de los soldados. Las insignias venían acribilladas a balazos y teñidas de sangre. Atronando el aire

los bronces sonoros y las músicas marciales, en medio de la multitud que, llorando de alegría, arrojaba flores a su paso.

Vivió luego un largo período de dos o tres años de extraño agotamiento. Parecía faltarle un aliciente poderoso, hastiado de la vida y era su humor sombrío, viviendo de recuerdos, con crisis de tristezas y sin ánimo ni para terminar sus estudios. Así siguió hasta 1886, fecha en que un amigo le propuso que se fuese de médico al mineral de Las Condes. Aceptó el puesto, y como aquel servicio era muy extenso para un solo médico, me invitó a que fuésemos juntos. Una mañana nos largamos de a caballo cuesta arriba a ejercer la profesión en plena cordillera, a 4 mil metros de altura, seguro de ganarnos una fortuna, según nos informaban. Aquella vida llena de peligros entre nevascas, vendavales y abismos que daban miedo. No obstante, para Nicolás fue un estímulo que despertó la energía adormecida. Pronto se acostumbró a esa vida agreste y le tomó el gusto a la minería. Yo aguanté un año aquella vida de perros, en cambio él, se quedó cuatro. Se hizo un minero y hasta dueño de una pertenencia que explotó con las ilusiones propias del oficio, creyendo hacerse millonario con un golpe de suerte.

No tuvo éxito y en 1890 regresó desengañado. A instancias de mi padre, optó por recibirse de médico. Mas, no quiso ejercer la profesión y volvieron jornadas

de abatimiento. Comenzaba a extinguirse su juventud y ya enteraba 36 años. Pese a estar en la mitad de la vida y en el vigor de sus fuerzas físicas y en la plenitud de su talento, como sin encontrar su camino, sin que de nada le sirvieran su experiencia, el claro juicio y la cordura. Alma que no sabía doblegarse a las exigencias de un convencionalismo práctico, no integraba ninguna sociedad, logia o agrupación, con cuyo apoyo saben abrirse paso tantos mediocres y audaces. Buscaba o esperaba no sé qué desconocido y más alto que el mundo real. Quizás soñaba en algún ideal elevado y noble. Leía mucho, meditaba cada vez más y fue adquiriendo un enorme caudal de cultura intelectual. De esa época data su admiración por el filósofo Spencer, autor que tuvo influencia poderosa sobre sus ideas, haciéndolo un convencido individualista, enemigo del socialismo. No obstante, por estimar que la supervivencia de los más aptos es la ley fundamental biológica del progreso humano, sentíase arrastrado hacia las clases proletarias, interesándose por la suerte y el destino de los desheredados de la fortuna. Eran síntomas de una nueva pasión que iría creciendo con el tiempo y echando raíces muy hondas. En nuestro pueblo encontraba grandes cualidades y virtudes.

Pronto se vio envuelto en los trastornos de 1891. Desde el primer día hizo causa común con los revolucionarios, convencido de que en aquella lucha la ra-

zón y el bien público estaban de parte de quienes bregaban por un gobierno parlamentario y la libertad electoral, base de toda democracia. No pudo embarcarse para el Norte, pero trabajó para levantar la opinión pública en Santiago, exponiéndose a ser víctima de su imprudencia temeraria. Una noche que en la estación tomaban el tren tropas gobiernistas, custodiadas por numerosos agentes, lanzó un sonoro “¡Viva la revolución!”, que heló de espanto a los que lo rodeaban. Triunfante el partido del Congreso volvió a sus lecturas favoritas, encerrado en su cuarto. No era hombre para sacar partido de aquella lucha entre hermanos que había ensangrentado el suelo de la patria².

Iba a transitar una nueva etapa en el camino de la vida, donde dejaría hondo surco y rastro luminoso. Cerca de 40 años contaba cuando abandonó Santiago, yéndose de médico a las oficinas salitreras, con residencia en el Alto de Junín. Aquella nueva vida, en un medio social de aspecto exótico cuyo escenario era el desierto, exigía salud de hierro, la afrontó con entusiasmo que recordaba sus mejores días. Se convence que trabajar es vivir. Esa fuerza lo engendra todo. Lo inunda el ardiente anhelo de ir más allá en sus investigaciones. Con el alba, oscuro a veces, ya estaba en pie tomando su

2. Resulta interesante constatar que, a posteriori, abraza el programa de Balmaceda. Algo parecido ocurre con Luis E. Recabarren y Arturo Alessandri.

caballo para la abrumadora jornada diaria. Visita las oficinas salitreras a su cargo, ubicadas a largas distancias en la pampa. Andaba siempre afanado, corriendo al sol, envuelto en nubes de polvo y bajo una reverberante luz de fuego. Jamás dejaba de llevar algún libro o revistas. Pronto fue popular entre los trabajadores y se hizo querer de todo el mundo, jefes y empleados, extranjeros y rotos. Siempre sintió como su igual al pampino del cual admiró la rudeza y el porte altivo.

Era el alma de aquella sociedad cosmopolita y el iniciador de fiestas sociales y deportivas. Cualquier grupo se animaba con su charla. Practicaba el inglés con ellos, idioma que alcanzó a hablar, como el francés y podía traducir el italiano y un poco el latín. Siempre había interés en escucharlo. Sus exclamaciones, sus gestos animados y su estampa de buen muchacho transparentaba el alma de un hombre de bien. Eso predisponía en su favor, invitando a confidencias íntimas, en la certidumbre de encontrar refugio y consejo preciso. Cuando disertaba de ciencias, de arte, de heroísmo, lo que fuera conmovía por la sinceridad y vehemencia con que se expresaba. En su charla familiar usaba el lenguaje del pueblo, gustando de los chascarros en que el roto luce su gracia picaresca. El dinero que ganaba lo prodigaba, sosteniendo escuelas, sociedades obreras, aparte de sus dadas secretas. Si un empleado caía en desgracia o un jornalero se inutilizaba por accidente del traba-

jo, dejando su familia en la miseria, allá estaba corriendo para socorrerla. Poseía un elevado concepto de justicia. Siempre rechazó los convencionalismos, la ostentación, la frase cortesana y las adulaciones que satisfacen la vanidad humana. Prefirió siempre la franqueza ruda y eso lo apartó de los círculos elegantes. Sus hábitos llevaban el sello de su carácter y de un hombre de trabajo, modesto, sencillo y sobrio.

Así fueron transcurriendo los primeros años de permanencia en la pampa, adquiriendo gran prestigio, debido a su vasta ilustración y a la originalidad de su carácter y de sus ideas expresadas con independencia de opinión poco común. Contribuyeron a esa nombradía muchos actos realizados por él, que acusaban su belleza moral y su grandeza de alma. Un libro pudiera llenarse con estas acciones. Apenas algunas. Un día, el vapor en que regresaba del Sur choca contra una roca, quedando en peligro de naufragar. El pánico es enorme y se oye el “*¡Sálvese quién pueda!*” sugerido por el miedo. Nicolás corre a la cubierta y grita: “*¡Las mujeres y los niños a los botes!*” y armado con lo primero que encuentra a mano y con resolución se opone al paso de los hombres, consiguiendo hacerse respetar. Conjurado el peligro se encierra bajo llave en su camarote, huyendo de manifestaciones de adhesión.

Estando de visita una noche en los altos de una casa, en Pisagua, repentinamente se hunde el piso del

comedor con estrépito arrastrando a dos muchachas de la servidumbre. A los gritos despavoridos que dan, pidiendo socorro, Nicolás no vacila un segundo y de los escombros amenazados por el fuego las saca al poco rato en sus brazos. Otro día lee en los diarios de Valparaíso la noticia que un guardián ha ejecutado un acto de arrojo, exponiendo su vida por salvar a compañero. Acostumbrado de niño a admirar el heroísmo como virtud, apresurase a enviarle, junto con sus felicitaciones, suma de dinero. Tal gesto lo destaca la prensa con frases elogiosas para el autor de aquella generosidad poco común. En otra ocasión le muestran en los cerros de Valparaíso el sitio desde el cual O'Higgins, vió partir la Escuadra Libertadora y pronuncia aquella frase: *"De estas cuatro tablas penden los destinos de América"* Inmediatamente concibe la idea de consagrar aquel lugar histórico con algún signo que perpetúe su recuerdo en las generaciones futuras. Hace tallar una placa conmemorativa, que con el nombre de Mirador de O'Higgins coloca allí, inaugurándola con fiesta costeada de su bolsillo.

Su actividad le dedicó también al estudio del problema industrial del salitre, viendo modo de abaratar su costo de producción y aprovechar los saldos estimados de baja ley. Inventó al efecto, asociado a un amigo, procedimiento para el que hizo traer de Inglaterra las máquinas necesarias. Se estrelló con los hábitos rutinarios

de los salitreros, que no quisieron prestarle su apoyo. Más tarde escribió en la prensa una serie de artículos de ardientes de patriotismo, encaminados a nacionalizar la industria, resguardándola del monopolio que, con el nombre de Combinación Salitrera, asociaba a los productores que ahogaban iniciativas propuesta contrariando así los intereses del Estado. Quería defender esta riqueza, decía, de la voracidad de los extranjeros que ahí llegan como los amos, desalojando a los criollos, ocupándolos de bestias de carga y arrebatándoles lo que conquistaron con su sangre y legítimamente les pertenece como premio a su heroísmo. En esos escritos sensacionales iba apareciendo el defensor de su patria y el paladín de su raza. Frutos de meditaciones y estudios, surgía lentamente de su cerebro una idea genial y se acentuaba el perfil de apóstol de una causa nacional.

Hacía años que venía ocupándose de un problema: el origen de la chilenidad. Sus lecturas prodigiosas habíanle preparado el terreno. El contacto diario con los trabajadores de la pampa y la observación del carácter de los chilenos en general y, en especial, del roto, su aspecto fisonómico, costumbres y psicología, en todo tan diverso del tipo, modo de ser, de pensar y de sentir de los demás trabajadores de otras nacionalidades que ahí compartían: sudamericanos y europeos. Esto le generó un concepto original respecto de los chilenos, quienes, a su juicio, formaban una entidad racial bien definida y única.

Convencido de la verdad de aquellas observaciones pasa a explicarlas y comprobarlas. Se echó entonces a rastrear con paciencia de benedictino los orígenes de nuestra sangre, leyendo a todos los historiadores de Chile, desde sus fuentes primitivas, como las cartas de Pedro de Valdivia, las actas del Cabildo de Santiago, a los cronistas. Hizo traer de Europa cuanto libro de antropología, etnología, biología, psicología, lingüística, filología, como asimismo las historias de los pueblos que habitaron España desde época remota: íberos, celtas, fenicios, vascos, romanos, godos, árabes, bereberes... Había tomado con tal apasionamiento aquellos estudios que eran como una obsesión. Cuando nos veíamos, que era con frecuencia, no me hablaba de otro tema. A medida que estudiaba, una luz aparecía ante sus ojos, llenándolo de orgullo y alegría, porque iba convenciéndose que éramos una raza aparte, llamada a grandes destinos por las virtudes y el heroísmo de sus progenitores. La madre de la raza era la araucana, hija de la tierra como la flor del copihue y botín preciado del conquistador en aquella lucha homérica. Así pudo explicar el tipo tan común en nuestro pueblo, principalmente en los campos, rucios carantones y patilludos, de mostachos colorines y ojos zarcos, que parecen germanos con poncho y ojota. Y así pudo explicarse también muchos rasgos de la psicología del chileno. Su energía moral, carencia de modales cortesanos, que le impiden ser sonriente y zalamero, pare-

ciendo, por el contrario, arisco y terco. También sus aptitudes militares y su genio belicoso, herencia ancestral de sus mayores, el godó y el araucano, que en viril contienda esmaltaron nuestra historia de hechos memorables y episodios cantados por la poesía épica.

Sus convicciones a este respecto fueron comprobadas con razones y argumentos sacados hasta del modo de hablar de nuestro pueblo. Su admiración por la raza se trocó en amor intenso, ligándose para siempre al destino del roto con un lazo más fuerte que la muerte. Le denominó *“El gran Huérfano”*. Expresa que es desheredado y paria dentro de su propia patria, a la que tanto ama, cuyas glorias han sido adquiridas al precio de su sangre, y por la cual está en todo momento pronto a dar la vida. Y lo amó con cariño fraternal y compasivo al verle sudar sangre en aquel desierto soñando, sin esperanzas, en adquirir un pedazo de suelo de los fértiles campos de Chile, y viviendo resignado a su mala suerte entre aquellos extranjeros. Apenas si esperando, paciente, el mendrugo de pan que le arrojan de las sobras del banquete colosal.

Entonces emprendió campaña en favor del pueblo con toda la fe que ardía en su alma, sembrando sus ideas a los cuatro vientos. Se puso en correspondencia con el Congreso Social Obrero de Santiago, con diputados y dirigentes del Partido Demócrata, con directores de diarios, sin distinción de colores políticos, con

numerosas personas de reconocido patriotismo, golpeando a todas las puertas, pidiendo cooperación y ayuda en bien de los intereses nacionales y de la clase proletaria que defendía. Leía cuanto se publicaba en el país y estaba atento al rumor de la opinión pública. Pocos respondieron a su llamado. Estaba triste. Así lo encontré un día que fui a visitarlo. Hallábase a la caída de la tarde, de pie y sin sombrero, sobre el promontorio de rocas en el Alto de Junín, al borde de una profunda barranca. El sol, ocultándose con resplandores de incendio iluminábale la faz mientras meditaba en el porvenir de su raza y en la suerte del roto.

Al comenzar el siglo emprendió viaje a Europa, estudiando en las fuentes mismas cuanto pudiera servirle para reforzar la tesis que sostenía. En Londres escribe artículos en defensa de Chile. A su regreso volvió a su tarea de médico. Asimismo, y con mayor apasionamiento que nunca, a su tema favorito, el origen del pueblo chileno y de su representante más genuino, el roto. No toleraba palabra o concepto ni veladamente ofensivo a Chile, irguiéndose en el acto como un quisco espinudo. Y cuando le tocaban a su roto gruñía, brincando como un tigre en su defensa. Los extranjeros, entre quienes vivía, tan dados a maldecir el país que explotan (y del cual los ingleses se creen los amos) tenía que refrenar su lenguaje. Un día a un inmigrante buhonero que le ofreció en venta un libro pornográfico lo molió a bofetadas.

Entretanto, su orgullo de chileno estaba pasando por dura prueba. La desmoralización y el desgobierno habían comenzado en los dirigentes del país, y la corrupción en las clases llamadas superiores, debido, sin duda, a la intromisión de una casta de advenedizos sin escrúpulos. Había ansia de dinero fácil, vida social escandalosa y un lujo desconocido en nuestras austeras costumbres: síntomas inequívocos de una profunda decadencia moral, de que la prensa venía informando a diario al dar cuenta de desfalcos, falsificaciones, sustracción de documentos oficiales y otros crímenes perpetrados por personas de apellidos nuevos. Para muchos aquello era la consecuencia inevitable de la riqueza del salitre, colosal presente griego que estaba corroyendo las conciencias y perturbando la tradicional probidad de la República, tan varonil y tan sana hasta entonces con su pobreza espartana.

Nicolás estaba lleno de indignación y de vergüenza. Indignación que se trocó en asombro al ver la campaña emprendida en nuestro desprestigio por algunos diarios de Santiago. Y la que era aun más grave, por publicaciones oficiales enviadas a profusión al extranjero. Los Anales de la Universidad de Chile publicaban un texto encaminado a probar que los araucanos eran una horda de salvajes cobardes. La Estadística Carcelaria nos presentaba ante el mundo civilizado como un país de criminales. Sanidad informaba de tasas horrorosas

de mortalidad. Los diarios hablaban del “*roto inmundo y degenerado*” sugiriendo la conveniencia de arrojarlo del país reemplazándolo por inmigrantes extranjeros.

Mi hermano comprobó que todas esas historias y estadísticas eran falsas, absolutamente falsas, plagadas de errores y escritas con mala fe. En esas publicaciones, costeadas con fondos de la nación, sus autores, que no parecían chilenos, se habían dado un trabajo de cuervos rebuscando cuanto pudiera degradar a la raza araucana, con la villanía de quien reniega de su sangre y envilece a su propia madre. Infamias que mi hermano sentía como puñaladas en su entraña. Adquirió el convencimiento de que se trataba de una campaña mercantil emprendida por agentes extranjeros de colonización con el fin de apropiarse de los terrenos de la nación, so pretexto que sobraban tierras, faltaban brazos y era beneficioso para el país reemplazar al araucano cobarde y al roto vicioso por europeos.

En efecto, en ese momento se comienza la usurpación de suelo a los araucanos por la fuerza de las armas. Luego siguió el éxodo de miles de chilenos que se expatriaban conduciendo de la mano a sus esposas e hijos. Se necesitaban sus tierras para entregárselas a los inmigrantes que iban llegando: andaluces, napolitanos, calabreses, bohemios y gitanos. Y con ellos iban llegando también usureros, vagos cubiertos de llagas, criminales contratados en las puertas de las cárceles, rufianes de

toda calaña y patologías desconocidas en el país como la lepra, el tracoma, la bubónica, todas plagas repugnantes de las multitudes famélicas del Viejo Mundo. Los cónsules chilenos del Neuquén y de San Luis comunicaban que millares de chilenos con sus familias trasmontaban la cordillera pidiendo una nueva patria a la Argentina.

En su guarida del Alto de Junín, como felino en acecho, pasaba Nicolás con el oído atento pareciéndole oír el ruido de las armas y las voces pidiendo auxilio ante aquella cacería de araucanos y chilenos. De súbito, con rugidos de león que defiende a sus cachorros, saltó en defensa del roto. Acude a la prensa de Iquique anunciando el peligro, arrancando máscaras, despertando las conciencias, sacudiendo los egoísmos, soplando en los corazones en una serie de artículos. Los firma “*Un roto*”. En ellos expresaba la exasperación digna de los profetas bíblicos. Conciente de su fuerza, de su derecho y de la misión que le corresponde en aquella causa, como apóstol convocado por el destino, fustigó a los detractores de la raza y de su patria, asestando golpes de maza a la hipocresía de aquellos fariseos que traficaban con lo más sagrado de la nación. Fueron sensacionales esos artículos. El elemento extranjero de Tarapacá sintióse alarmado y el chileno profundamente conmovido, porque a ellos les hablaba el lenguaje del sentimiento. En esa época publica el folleto “*¡Alerta, chilenos!*”³ en el cual

3. No ubicable. Quizás esté refundido en la reedición póstuma de “*Raza chilena*” (1918).

reitera su tesis de colonizar el país con criollos y protesta por el despojo de la tierra que padecen los araucanos. Sufre la marginación y la calumnia, pero continúa la brega.

Recogió en silencio aquellos apuntes. Añadió otros y en Valparaíso hizo imprimir el libro que tituló “*Raza chilena*” con subtítulo *Libro escrito por un chileno y para los chilenos...* Y sin firmarlo siquiera, porque no buscaba gloria personal, lo entregó al público. Regresó a Alto de Junín. Venía ya enfermo y con su sombrero, hundido hasta las cejas y sus ojos opacos. Reanudó, sus tareas de médico en el desierto, sin querer aceptar ayuda de nadie. Le quedaba aún voluntad indomable. El oficio de decir la verdad ha sido siempre ingrato y hasta peligroso. Había puesto el fierro candente sobre muchas llagas, provocando gritos de dolor y se le juzgó un “*conflictivo*”. Los potentados y aristócratas lo vieron como una amenaza y lo tacharon de “*anarquista*”. Su patriotismo exaltado fue motivo de alarma para los extranjeros dueños del salitre quienes lo miraban de reojo, tratándole de “*boxer*”⁴. Gustosos le hubieran expulsado

4. *La propuesta de Nicolás Palacios es de un popularnacionalismo sin proyección iberoamericana, pero –también y vale la pena enfatizarlo- ajena a esa patriotería que implica fobia a las patrias limítrofes. La acusación de “boxer” de que es objeto –imposible entonces denunciarlo de “bolchevique” o “maximalista”- es adecuada porque lo identifican con la revolución nacionalista china de 1900, que concita la agresión de los colonialismos contra el Celeste Imperio.*

de la provincia y del país, a fin de no tener quien develara sus abusos. Se contentaron con arrebatarle el puesto de médico de las salitreras. Y quedó sin empleo, enfermo, abatido, desilusionado, perseguido de burlas, tratado como un demente. Su libro no pasaba de ser la obra de un visionario iluso, el romance en prosa de un mistificador.

Quedaba en la miseria, sin más bienes que sus libros y una bandera chilena que, oculta en la maleta, llevaba consigo, rogando a sus amigos que al morir envolvieran su cuerpo en ella, como mortaja. Cuanto había ganado con su trabajo lo había repartido a destajo entre sus paisanos menesterosos. No soportaba verlos sufrir. Huyendo de sus perseguidores, se refugió en un hotel de Iquique, viviendo encerrado en su cuarto como un anacoreta.

Mas, no había recorrido aún todo su calvario, ni apurado todo el cáliz de amargura que el destino le reservaba. El 21 de diciembre de 1907 lo apuró hasta las heces viendo fusilar en masa a los pobres trabajadores de las salitreras reunidos en una plaza pública de Iquique para exponer sus justas peticiones a sus patrones, los millonarios dueños del salitre. Oye el horrible estrépito de las ametralladoras sembrando la muerte entre aquellos infelices. Constata que centenares quedaron palpitando agónicos. Dio un grito y se cubrió el rostro con las ma-

nos... Y ya su alma desgarrada queda triste hasta la muerte⁵.

Su libro, quizás el más audaz que se hubiese publicado en Chile, supo crear una agitación que repercutió en todo el país como anhelo patrio. Sus ideas tuvieron influencia poderosa en la orientación del criterio público. Hubo otra manera de apreciar muchas cuestiones de vital importancia. Abrió nuevos horizontes a nuestro orgullo colectivo, dándole una base de nobleza ética. Su atrevida concepción marcó una nueva era, porque su pensamiento arraigó muy hondo alumbrando con vastas proyecciones. Desde entonces se comienza a considerar a nuestra raza. Y vive y vivirá siempre su influencia, despertando nuestro espíritu cívico. Aquel autor creía que un pueblo que tiene motivos para enorgullecerse de sus progenitores, debe velar porque no se bastardee su sangre, debe respetar sus tradiciones y seguir el ejemplo de probidad de sus mayores. Ello es la semilla de la grandeza de una nación.

Se podía admitir que hubiese exageraciones en su obra y que no se la pueda aceptar en su integridad, sino bajo beneficio de inventario. Sin embargo, es forzoso

5. *El autor de esta evocación no aquilata lo suficiente la postura de su hermano ante la hecatombe de Iquique. No sólo la padece, sino la analiza en crónicas que remite al diario "El Chileno" de Valparaíso. Rescatadas originan la ya citada obra "Día de sangre" de Pedro Godoy y Gustavo Galarce.*

reconocer en Nicolás a un gran escritor, que con sus testimonios cumple con una misión: conferir a los chilenos un alto concepto de nacionalidad y de un elevado destino que cumplir. Su estilo personalísimo, impregnado de sentimiento conmovedor, a veces irónico, su gran erudición, la exactitud de sus observaciones, la lógica de su argumentación y el calor de sus convicciones, lo exhiben como un regenerador con algo de caballero errante, iluso y temerario, blandiendo su fama en defensa de su pueblo, demoliendo a quienes son los detractores de la patria. Culminaba fustigando vicios, apuntando errores, siempre preocupado por la infeliz suerte del roto. Se dice que al leerlo Eusebio Lillo, exclamó: “*¡Hacía falta este libro en Chile!*”.

Pocos años más vive en Santiago. Se retira en medio de sus libros y manuscritos. Lleva una vida modesta y ocultándose de todo el mundo, salvo de contados amigos que le habían permanecido fieles. La enfermedad que le minaba el corazón habíale dado una sensibilidad extrema. Marchaba con la marca de su incurable desconsuelo y era su vida atormentada, sin otras alegrías que la paz de su conciencia y la amistad disfrutada en el seno de una familia de la Maza, que había tenido la gentileza de ofrecerle apacible hogar. Su paseo favorito era el cerro Santa Lucía. Lo subía fatigosamente, con algún libro en la mano, aspirando el húmedo aroma de las hierbas, que le traían el recuerdo remoto de su infan-

cia dichosa y de su juventud ya distante. En su ascenso deteníase siempre frente al Caupolicán, aquel bronce que tan admirablemente simboliza la fiereza araucana. Casi en la cumbre, sentábase a descansar frente al monumento de Pedro de Valdivia, el otro progenitor de la raza. Un día le solicitan que leyese algún trabajo en una sesión del Ateneo. Le costó decidirse. Finalmente accede y diserta sobre *“Decadencia del espíritu de nacionalidad”*. Su intervención se cierra con ovación estruendosa. La concurrencia, de pié lo aplaude, proclamándolo el más chileno de los chilenos, emblema vivo del patriotismo. Por esa época escribe otros textos que publica en revistas especializadas. En esos, vigoriza sus teorías sobre etnología y refuta críticas formuladas a *“Raza chilena”*. Prepara también una nueva edición de la obra.

Sus días estaban contados. La muerte lo seguía de cerca. Algo sospechaba. Hacia tiempo que lo afligía una sensación de ahogo y andaba taciturno. Sentía frío en el cuerpo y una inquietud particular del alma, una sed de afecto, un deseo de consuelo para su tristeza, que iba a buscar refugiándose en el seno de las personas de su familia, que tanto le querían. No creíamos que su fin estuviese tan cercano. La implacable muerte, al derribarlo de golpe súbito, le engañó dándole apariencia de salud. Aquel día fatal -11 de junio de 1911- después de visitar a una hermana, lo pasó conmigo todo el día. Estu-

vo contento, retirándose después de comida, sin querer aceptar nuestra invitación a quedarse a alojarse en mi casa. Abrazó a mi esposa, me estrecho la mano y se despidió.

Se acostó a las diez y una hora más tarde se escucharon, en el silencio de la noche, sus angustiados gritos pidiendo socorro. En un instante y a medio vestir acuden las personas de la casa. ¡Qué cuadro más desgarrador fue el que presenciaron!. Casi exánime y sosteniéndose trabajosamente en el marco de una ventana, arrojaba sangre a borbotones por la boca. Luego se empañó su vista exhalando su último aliento. Se le había roto un vaso arterial paralizando las palpitations de su gran corazón.

¡Ah, la tristeza de sus pobres funerales en aquella fría y nebulosa tarde de invierno! Media docena de parientes, otros tantos fieles amigos, algunas palabras de adiós y desapareció para siempre envuelto en la bandera de su patria, abrazándola como su único bien. En la noche oscura de la tumba yacen sus despojos en abandonado rincón del cementerio, azotado por el viento y por las lluvias, como si lloraran el triste fin de los buenos.

DECADENCIA DEL ESPIRITU DE NACIONALIDAD¹

«Cada cual mueve el patriotismo a su manera. El mío comienza con el grito de dolor. ¡La patria no existe! Precisamente por ello hay que ser patriota para convertir la patria en cosa tangible. Hay que edificarla como una cabaña sobre el desierto. Si la mía existiera podría desentenderme de ella, pero no la hay. Ese es el motivo que me empuja a acentuar mi patriotismo para, al menos, en forma de anhelo, de aspiración, de tensión del alma, exista».

José Ortega y Gasset

1. Conferencia en el Salón de Honor de la Universidad de Chile
28.04.1908

**Prof. Pedro Godoy P.
& Prof. Gustavo Galarce M.**

UNIVERSIDAD ARTURO PRAT

día de sangre

**Nicolás Palacios
y el genocidio de Iquique**

21.12.1907



NOTA PRELIMINAR



Como epílogo al estudio del problema salitrero, publicado en El Ferrocarril y La Unión, había prometido escribir para esos mismos diarios un artículo sobre el tema de la presente conferencia.

En aquel estudio demostré, valiéndome de documentación incontrovertible: que la industria salitrera, cuyas rentas forman la base económica de la nación, está seriamente amenazada por la producción del salitre artificial, que ya se vende en Europa a menos precio que el nuestro; 1º que es de urgente necesidad el que nuestro gobierno tome en sus manos la dirección de aquellas fuente de recursos, pues a la fecha están dirigidas por industriales extranjeros, cuyos intereses no son armónicos con los de nuestro país.

El presente epílogo supone, para ser comprendido en todo su alcance, la lectura previa del anterior o, por lo menos, la convicción de que lo afirmado por mí sobre ese problema es perfectamente exacto.

Destinado a la publicación el presente escrito está redactado en vista de esa circunstancia.

Persuadir al público de que es conveniente para los intereses económico generales de la nación el que la riqueza de las provincias chilenas, que contienen aquella preciosa sustancia, quede en Chile en lugar de marchar al extranjero como hoy sucede, es tarea fácil de llenar porque está la conciencia de todos; mas convencer a los chilenos de la justicia que los asiste en procurar que sea suya aquella riqueza, legítimo botín de una obligada y cruenta guerra de cuatro años no es tan sencillo como pudiera creerse.

Hay muchas personas en quienes la sola palabra «chilenización», tratándose de esa industria, despierta sentimientos de rechazo, ideas repulsiva, antipáticas, como si se tratara de un acto incorrecto, fraudulento aun. ¿Por qué? ¿Hay algo más natural y justo que el pueblo que conquistó el salitre en franca lid, merced a su patriotismo y a su superior organización respecto de sus enemigos, disfrute del único premio obtenido a costa de su esfuerzo, de sus virtudes cívicas y de su sangre?

Antes de exponer algunas ideas sobre la chilениzación de dicha industria me he visto, por lo tanto, forzado a inquirir la causa de esa errada manera de sentir y de pensar, problema que conozco por haberle dedicado muchos años de estudio y de meditación, pues lo considero de altísima importancia nacional.

Ingrata tarea es la de censurar sentimientos, y más aún cuando ellos son colectivos, inconveniente que arrostro porque estimo una necesidad el hacerlo.

En mis apreciaciones no deben verse tendencias políticas de ningún género, porque no las hay. Creo en la sinceridad de los hombres y de las doctrinas que me veré en el caso de impugnar.

Al establecer que atraviesa nuestra patria por uno de los más peligrosos estados sociales que pueden afligir a una nación, adoptaré la calma aparente de que se reviste el médico que diserta sobre una grave dolencia de su propia madre.





Portadilla de «RAZA CHILENA»
Edición de Fundación Cardoen.

TEXTO DE DISERTACION

 Uno de los fenómenos más extraños que pueden observarse en nuestro país es el escaso desarrollo de su instinto de conservación nacional, de ese egoísmo tan lógico y necesario a la vida de toda nación.

Como esta tesis es fundamental en el presente análisis, he de recordar, aunque sea a la ligera, algunos de los principios generales que le sirven de base, especialmente el relacionado con el elemento extranjero y su papel en la sociedad.

El hermoso código político de Chile acuerda a los extranjeros mayores garantías que cualesquiera de las constituciones modernas; pero esa liberalidad era sólo la manifestación de los sentimientos hospitalarios de este pueblo, pues los mismos hombres que lo redactaron dieron elocuentes muestras de estar adornados de vivos sentimientos de nacionalidad, tanto en las disposiciones de organización interna como en el rumbo impreso a las relaciones internacionales. Sólo en el último quinto de siglo empezó a manifestarse esa decaden-

cia del instinto primordial de toda nación, acentuándose a medida que han corrido los años.

La causa de este fenómeno social es a la fecha bien conocida, pues ha preocupado en los últimos años a los más eminentes pensadores, los cuales la han estudiado en la historia de los diversos países en que se ha presentado, constatando la uniformidad siempre fatal de sus resultados.

Un estudio particular de él en América Latina y especialmente en Chile, ha hecho el historiador estadounidense Uriel Hancock en su *History of Chile*, y uno general y luminoso sobre el mismo tema ha desarrollado Broock Adams, también estadounidense, en su reciente y ya famoso libro *Ley de la Decadencia de las Naciones*. En Europa, este interesante problema ha sido tratado por lo más esclarecidos talentos dedicados al estudio de la evolución histórica de las naciones.

El más importante de los factores que contribuyen a la decadencia de esa virtud social es el representado por el comerciante extranjero, tema que ocupa la mayor parte de la obra del filósofo Broock Adams, y que es el pertinente en esta ocasión dado el fin principal de mi tema. De su obra

citada son la mayor parte de las ideas aquí expuestas.

Es en realidad el mercader extranjero, por el hecho mismo de la internacionalidad del gran comercio el que emprende la tarea de minar el sentimiento de nacionalidad, que contraría sus cálculos mercantiles. Las doctrinas humanistas igualitarias ejercen su influencia desmoralizadora análoga a la del mercader, pero en escala relativamente insignificante, y en Chile es, puede decirse, nula.

El comercio propaga sus doctrinas disolventes apoderándose de una parte de los diarios, los cuales viven así mismo de aquél; y por medio de los millares de incansables mensajeros que día a día parten de las prensas recorriendo el país de un extremo al otro, las doctrinas dissociadoras van lentamente abriéndose camino en la opinión.

La dirección que en su desvío toman las nuevas ideas, indica claramente su origen: no es la felicidad del pueblo su incremento numérico, su progreso moral y político lo que preocupa al inmigrante mercader; ni lo desvelan la seguridad presente ni el porvenir de la nación en que se hospeda. No ve una sociedad, un pueblo

organizado moral y políticamente en el país en que se especula, sólo ve sus riquezas explotables, y su sola preocupación es la de apropiárselas con el menor sacrificio de su parte. La idea de nación está reemplazada por ellos por la de territorio más o menos rico, más o menos poblado; sus habitantes son factores de producción y de consumo, e instrumentos vivos de explotación, a los cuales creen justo y lógico reemplazar por otros más apropiados a sus intereses, si los indígenas no les convienen.

Aparecen como triunfantes en el campo de la filosofía social las doctrinas economistas, tales como las de Starck, Marx, etcétera.

La felicidad de un país es aquilataada por el monto de las importaciones y exportaciones, y por los balances de los bancos, siendo para ellos tan próspero a la fecha el pueblo esclavo del Congo como el de Suiza o el de Dinamarca, cuyos balances generales son semejantes. Así hemos visto a los diarios de alto comercio, que es aquí el comercio extranjero, exhibir en el primer mes de este año los magníficos balances presentados por los bancos extranjeros establecidos en el país y el de algunos de los nacionales como prueba evidente de la

próspera y feliz condición del pueblo de Chile a la fecha, lo cual está muy distante de la verdad.

Esta misma prensa es la que aconseja la inmigración en escala sustitutiva del elemento étnico nacional, la que bate palmas a los grandes presupuestos fiscales, la pregonadora de la absoluta quietud política con el pretexto de administración, doctrina cuyo triunfo ha traído el debilitamiento y la desorganización de los partidos históricos de Chile.

Cuando el criterio utilitarista del mercader invade las clases dirigentes de un país, se ven trastornadas las bases morales de la Constitución de los estados. Aquel amor a su pueblo, manifestado por el Jefe de una nación, y que sirve de norma segura al historiador para aquilatar su talla de gobernante, queda relegado al olvido. Por poco que el pueblo resista la explotación a que las ideas utilitarias desean someterlo, en vez de aquel amor, la pauta que sirve para distinguir la clase gobernante es, al contrario, primero la indiferencia, luego el desprecio y, en los casos graves, el odio por el pueblo cuyos destinos están encargados de dirigir.

Broock Adams se detiene especialmente en este punto de su tesis al delinear las causas de la caída del Imperio Romano.

Olvidan las doctrinas sociales económicas que una nación es antes que todo una entidad moral y jurídica, no es una asociación mercantil.

El apotegma *«no sólo de pan vive el hombre»*, es aún más exacto aplicado a las naciones que a los individuos. Una nación puede soportar los más extremos rigores de la pobreza sin desorganizarse y sucumbir, pero ni rica ni pobre podrá conservar su existencia si pierde los sentimientos fundamentales de toda sociedad. En medio de la más colosal opulencia cayó Roma, cuando sus hijos perdieron sus ideales de patria y sus virtudes domésticas y cívicas.

Pero el comerciante extranjero sabe sacar provecho de las vicisitudes, de los espasmos y de la agonía de los pueblos en disolución, con tal que su muerte sea tranquila. Las convulsiones violentas que el sentimiento de su ruina produce en el ser social, perturban los cálculos mercantiles; por esa causa es siempre partidario de la represión más enérgica de toda manifestación de mal estar social.

«El comerciante europeo, ha dicho Uriel Hancock, ha sido siempre en la América española el sostenedor de todas las tiranías».

Las antisociales doctrinas utilitarias han abierto ya una amplia brecha en el sentimiento de patria del pueblo chileno; felizmente el mal aún está limitado a los que permanecen más directamente vinculados con el comercio extranjero. Sus consecuencias son muy visibles en todas las manifestaciones de la vida del Estado, especialmente en lo que se relaciona con su faz económica como es natural.

Al avance de las ideas del mercader inmigrante en las esferas de gobierno debe culparse el que se hayan verificado en estos últimos tiempos hechos que no tienen otra explicación plausible ni se han visto en ninguna otra nación bien organizada.

A esos hechos pertenece la existencia en Chile de una larga serie de instituciones mercantiles que extraen del país gruesas sumas de dinero sin haber introducido jamás en él un gramo de oro ni cosa que lo valga. Les ha bastado establecer bancos o instalar un escritorio, abrir libros y publicar anuncios sobre seguros u otros giros semejantes para iniciar su pingüe negocio. Gozando aquí de positivas ventajas, pagando una contribución irrisoria, muchas de ellas ni siquiera tienen en Chile su domicilio legal. Los capitales que de

aquí se llevan van a pagar a Europa, a Estados Unidos y al Canadá el impuesto que les corresponde y del que Chile les hizo gracia.

Otro hecho también privativo de Chile e hijo de la misma perturbación de ideas es el auxilio prestado a bancos extranjeros con dinero fiscal. El gobierno estadounidense depositó fondos de la nación a plazo limitado y al interés corriente en algunos bancos nacionales durante la pasada escasez mundial de capitales. Pero aquí esos depósitos han sido hechos en las cajas de algunos bancos extranjeros, perdiendo el Estado tres o cuatro por ciento, de lo que le cuesta ese dinero, y a un plazo indefinido, tal vez eterno, dadas las ideas reinantes sobre esta materia. Esto equivale a regalar a extranjeros el dinero del pueblo chileno para que aquéllos lo presen ten al mismo pueblo al grueso interés corriente.

Como dato sugestivo he de recordar que, según los estatutos de uno de esos bancos, ningún chileno puede formar parte de su directorio.

A la misma categoría de los hechos anteriores, y más directamente relacionado con nuestro tema, pertenece la creación de la Caja de Crédito Salitrero, mediante

una ley votada por el Congreso en agosto del año último. El reglamento por el cual esa institución debe regirse está calculado para que sus beneficios los reporten en su totalidad o poco menos las oficinas pertenecientes a extranjeros, puesto que sólo podrán optar a los préstamos fiscales aquellas oficinas que hayan elaborado salitre y tengan cuota fija por la Constitución, lo que acontece con la gran mayoría de las empresas salitreras nacionales.

Respondiendo al espíritu que creó la institución recordada se prestaron por administración fuertes sumas de dinero nacional a una empresa extranjera de salitre, hecho demasiado conocido del público y que ha dado origen a manifestaciones políticas en el Congreso, manifestaciones que habrían seguramente adquirido las proporciones de una tempestad si una largueza semejante hubiera sido otorgada a una empresa nacional.

Se han aducido en justificación de aquella extraordinaria generosidad el impedir que el fracaso de aquella empresa; lógico por la desproporción entre sus vastas ambiciones y sus limitadas facultades financieras y directivas produjera perjuicios a terceros, y los irrogara asimis-

mo a la principal industria del país.

Pero hay razones para creer que la causa primordial de esa largueza, y la que ha hecho tolerable ante la opinión, no fue el temor de que los perjudicados no fueran sólo fallidos y la industria del salitre, sino su condición de extranjera; pues que muy poco antes se dejó cerrar sus puertas a un banco chileno sin prestarle ayuda eficaz y sin protesta, siendo que a dicha institución estaban vinculados cuantiosos intereses, todos nacionales, y numerosos industriales salitreros, también nacionales.

Como una ironía del destino llegó a Iquique por aquellos mismos días en que se negociaba dicho préstamo, la Memoria del delegado en España de la Combinación Salitrera, don Juan Gavilán, en la cual este caballero anuncia que en Guadalajara, a media hora de Madrid, se han iniciado los trabajos de implantación de la primera fábrica de salitre artificial, entrando aquella nación en el concierto europeo tramado para arrebatarse a Chile su principal industria y procurar su ruina.

Sólo como fruto de este mismo extravío puede explicarse otra serie de hechos administrativos de que no hay ejemplo en otras naciones cultas como v. gr., el de que

el colono extranjero goce ventajas cuatro o cinco veces superiores al colono nacional; que reciban subvención fiscal algunas compañías extranjeras de navegación, cuando las nacionales deben pagar impuestos, el escaso interés con que se miran la falta de instrucción y de educación en la clase pobre del país, su carencia de habitaciones apropiadas y su envenenamiento paulatino por lo quince mil o más taberneros inmigrantes establecidos en Chile; el hecho de esa preferencia oficial, que está contaminando al público, por la manufactura europea en igualdad o inferioridad de fabricación a la producida en el país; el de ese desplazamiento forzado y general del artesano y del operario chilenos en las pocas industrias existentes y en las faenas a cargo del Estado, desplazamiento que se inicia ya en las tareas agrícolas, etcétera.

Una de las manifestaciones más graves de esa sustitución del criterio del gobierno de un pueblo por el de su explotación es lo que sucede a propósito de las tierras llamadas del Estado y su manera de poblarlas.

El dueño de las tierras de una nación es el pueblo de que está formada. El Estado

es sólo administrador de ellas y administrador en beneficio de su mandante y verdadero dueño. Eso es elemental e inamovible en derecho público. Pues bien, aquí se ha entronizado poco a poco y sin resistencia la doctrina de que los ciudadanos que ocupan transitoriamente altos puestos administrativos, tienen derecho a regalar las tierras del pueblo chileno a extranjeros de cualquier parte y de emplear en que se las acepten los dineros del mismo pueblo despojado.

Fue, según Tito Livio, el desplazamiento del labrador romano libre por el esclavo importado lo que dio origen a los *latifundia* cuando la explotación del suelo y demás riquezas de Italia reemplazó en los cónsules el papel de gobernantes de aquel pueblo, fenómeno al que dicho historiador atribuye la decadencia de su patria, como es bien sabido.

En Chile esta doctrina, que está llevándonos con premura al terreno de la práctica, es incompresible dada la fuerte emigración de su pueblo por la carencia de un lote de tierra en que fundar un hogar.

A la emigración de agricultores desposeídos por colonos extranjeros en las provincias del sur, y a la de los jornaleros, se ha seguido la de los artesanos na-

cionales, desplazados por la inmigración forzada.

Es también elemental en demografía que cada hombre que sale de su país deja en él una mujer de su edad. Esos jóvenes que emigran de Chile son siempre hombres en la plenitud de la vida los que emigran voluntariamente; representa, pues, cada uno una familia perdida para la nación. Si a detenerlos ofreciéndoles un lote de tierras baldías se destinara siquiera la mitad de lo que se gasta en traer extranjeros, el país se poblaría totalmente de chilenos en menos de una generación, ahorrándonos, además, esas misiones suplicantes e impropias ante soberanos extranjeros para conseguir envíen a sus súbditos a tomar posesión del suelo chileno.

A igual fin contribuiría la cesión de un lote de tierras y los adelantos acordados para los colonos extranjeros a los centenares de artesanos y de operarios chilenos que han quedado cesantes con el paro de varias maestranzas de los ferrocarriles del Estado, debido al encargo al extranjero del material rodante.

Los cincuenta y tanto millones de pesos invertidos en dicho encargos en los tres últimos años y en el corriente producirán unos dos o tres millones de pesos en

primas a los que han efectuado esos encargos. Si este dinero lo percibiera el erario nacional, al cual de derecho pertenece, podría emplearse en convertir en colonos a dichos artesanos, evitándoles que se vean en la necesidad de abandonar a su país, pues los numerosos emigrantes que llegan continuamente ocuparán su puesto, si es que aquellos talleres reabren sus puertas.

En todas partes se considera como destinadas al bajo pueblo, al ciudadano desvalido, como el llamado a ocupar las tierras fértiles del Estado, pero el criterio de explotación de las riquezas sustituido al de gobierno del pueblo, no tiene que ver con la clase o raza de sus habitantes ni el comercio hace cálculos para muchos años después.

Así se explica la urgencia manifestada porque este territorio esté luego lleno de elementos de producción y de consumo, sean ellos de cualquier continente y de cualquier color.

Con su criterio particular el mercader no hace distinciones entre habitantes y ciudadanos. Para la marcha de sus especulaciones tanto o más le da la invasión de un país por un ejército extranjero de

cien mil hombres como el incremento natural de sus pobladores en una cifra del mismo monto. Para él gobernar una nación es llenarla de gentes. El antiguo proverbio *«la fuerza de las naciones no se mide por el número de sus habitantes, sino por el de sus ciudadanos»*, no reza con sus cálculos.

Es también muy elocuente a este respecto lo que acontece con el comercio de cabotaje, servido en todos los países medianamente organizados por marina nacional protegida eficazmente no sólo por razones económicas sino, también, de seguridad. Las compañías chilenas de navegación, que en diversas ocasiones se organizaron con ese propósito, han fracasado por falta de protección oficial, sujetas, además, a contribuciones en su calidad de chilenas y domiciliadas en el país.

Para apreciar en todo su valor el fenómeno psicológico a que vengo refiriéndome, y la buena fe con que se aceptan sus consecuencias, aun en contra de los intereses pecuniarios, ha de saberse que la última compañía chilena de navegación, disuelta por falta de protección, había sido formada por personas que ocupaban altos puestos en el gobierno, a los que

habría sido fácil hacer valer sus influencias políticas para obtener auxilio a que tenían derecho.

En cambio, se han enviado agentes especiales a otras naciones a conseguir que se organicen compañías de navegación para entregarles el acarreo marítimo de los puertos chilenos, ofreciéndoles ventajas que se han negado a los nacionales. Una de estas empresas de navegación se ha formado con la base de unos treinta millones de pesos valor de los pasajes acordados por el gobierno a las treinta mil familias extranjeras que tiene derecho a introducir en el país un empresario de inmigración.

La introducción de esas ciento treinta o ciento cincuenta personas, de las que ya se anuncia la primera partida, producirá en Chile el grave daño, pues la emigración de los chilenos será mucho más activa.

Las crisis económicas se traducen en demografía por la disminución de los matrimonios y, en consecuencia, por la de los nacimientos. La población de los países en malas condiciones económicas se ve disminuir tanto por la emigración como por la falta de la renovación natural de sus habitantes. Con la tremenda crisis que hoy

azota al país y la llegada de un tan excesivo número de inmigrantes, el reemplazo del pueblo chileno por extranjeros de varias razas y nacionalidades avanzará un gran paso en su marcha invasora.

A los que reciben beneficios con el desplazamiento de los chilenos les basta una somera reflexión para comprender los resultados finales de ese rápido procedimiento de reemplazo, pero la clase baja del país, que sufre directamente las consecuencias, no necesita raciocinar para comprenderlos. De ahí su resistencia, y de la inutilidad de ésta, la depresión de su voluntad, su escepticismo moral, que empieza a manifestarse, y su ansiedad patriótica.

Al reemplazo de las clases populares de Chile por individuos de razas exóticas, ha seguido de cerca, como era natural esperar, el de la reducida clase media de la sociedad tanto en el comercio como en los cargos administrativos mejor rentados, en el profesorado nacional, en las profesiones liberales y demás esferas de la actividad donde los chilenos de esa escala social pueden adquirir un puesto que los habilite para establecer un hogar en armonía con la clase a que pertenecen.

Por las publicaciones de la prensa independiente se ha probado hasta el cansancio que todo ese exotismo no tiene absolutamente razón de ser, salvo para la introducción de algunos profesores y especialistas contratados en el extranjero. La protesta de los ingenieros como la solicitud de los médicos chilenos, que han visto la luz pública, han establecido fehacientemente que su condición de inferioridad impuesta por los poderes públicos respecto de sus colegas extranjeros en cuanto a rentas, consideraciones y facilidades en el ejercicio de sus profesiones respectivas, sólo obedece a ese mismo extraño espíritu de injusticia que hiere a la fecha todo lo que es chileno.

Como se sabe, las grandes construcciones públicas en proyecto serán explotadas por las compañías extranjeras que las construyan y por una larga serie de años, hecho que reforzará sobre manera las influencias de toda especie que el elemento exótico ejerce en la dirección del Estado.

El extranjero goza entre nosotros de la exención casi completa de contribuciones, que la riqueza fiscal hace innecesarias, sin embargo, es muy manifiesta en la actualidad la disminución del aprecio que

antes sentía por nosotros, como se colige, entre otros hechos del cuidado que muchos ponen en inscribir a sus hijos en los registros de sus respectivos cónsules, con el fin de conservar su nacionalidad extranjera y eludir los deberes del ciudadano chileno.

A propósito del servicio militar, el auditor de guerra don J. Santa Cruz Ossa, decía en una vista pública pocos días ha, con mucha razón: *«El país ha hecho y continúa haciendo sacrificios de todo género por fomentar la inmigración y lo natural es esperar que esos sacrificios sean compensados, por lo menos, con el crecimiento de nuestra población nacional».*

No es posible suponer que la mente de nuestros gobernantes haya sido formar dentro del territorio colonias extranjeras, que permanezcan desvinculadas en absoluto de nuestra nacionalidad y en las cuales los que forman parte de ellas se limiten a usufructuar de todos los beneficios que a los ciudadanos chilenos, concede nuestra legislación a los extranjeros. A los extranjeros y sus hijos nacidos al amparo de su suelo, es imposible exigirles las cargas que las mismas leyes les imponen.

Idéntica situación atravesaron los Estados Unidos antes de la ley de nacionalización que rigen a la fecha en ese país. A mediados del siglo pasado los inmigrantes formaban una gran parte de la población, lo que hizo decir a Mr. Banks en el seno del Congreso de su país, como lo recuerda el señor Santa Cruz: *«Si esta porción de nuestro pueblo, si más de veinte millones de los nuestros son súbditos de los Estados de Europa, entonces los Estados Unidos no tienen independencia. Pueden tener número, industria, comercio, letras, ciencia, pero no son independientes»*.

En Estados Unidos se alarmaban con mucha razón de la condición civil privilegiada, sin equidad, injusta, en una palabra, de que gozaban los extranjeros allí domiciliados. Entre nosotros sucede hoy todo lo contrario: a las múltiples ventajas de que ya gozan, se añadirá pronto, según se espera, el derecho de intervenir en la política activa de la República. Pende de la consideración del Congreso un proyecto de ley de origen oficial en el que se acuerda a los extranjeros el derecho de formar parte de las municipalidades, las cuales, según sus atribuciones, ejercen acción preponderante en el régimen electoral vigente.

Sé que una de nuestras colonias extranjeras, la de psicología más opuesta a la nacional, se prepara, por consejo de su soberano europeo, para tener un representante propio en nuestro próximo Congreso. No sin razón ha dicho recientemente un estimado escritor nacional comparando a nuestra patria de hoy con la de veinticinco años atrás: *«¡Y hubo entonces brújula con norte que determinaba el rumbo del presente y del futuro de este Chile, cuando Chile era país!»*.

En aquella época que formaron y sirvieron nuestros padres, los chilenos gobernaban a Chile que era de ellos, y las leyes se dictaban en su bien; y como se dictaban se cumplían, porque eran buenas, eran sanas y sus propósitos propendían, de palabra y de verdad, a necesidades generales de la tierra.

Y los extranjeros, que venían de otras tierras a buscar en ésta su fortuna, desarrollaban al mismo tiempo la fortuna nuestra, y no hicieron entonces ni directa ni indirectamente nuestras leyes y gobiernos.

Es fácil comprender que, si a una sustitución sistemática de las dos clases de ciudadanos que forman la base de toda sociedad, se añade que el dinero de éstos se

entregue a los llamados a reemplazarlos y se le confiere derechos políticos, el fin de ese pueblo o no se dejará esperar mucho tiempo. Tanto más grave será esto en Chile, país de corta población y en el que el fisco posee cuantiosas entradas, si ellas han de ser puestas al servicio de esa destrucción de la nacionalidad.

Sin duda alguna que el pueblo de Chile estaría llamado a desaparecer si una reacción nacionalista no viniera pronto a detener su marcha a la extinción. Chile, el territorio así llamado, subsistiría con todas sus propiedades físicas, tal vez, con su propio nombre, probablemente con distintas fronteras; pero la nación chilena, las familias organizadas en entidad política, fundadoras de una patria y creadoras de su corta, pero honrosa historia, habría desaparecido para siempre.

Sólo la atenta observación de numerosos hechos convergentes y luego su contemplación en conjunto pueden traer a nuestro espíritu la percepción sintética y clara de uno de esos estados de transición hacia su ocaso, a menudo de marcha lenta, porque atraviesan las naciones. La inmensa mayoría de las personas no tiene el hábito de ese trabajo mental. Además, sus

ocupaciones de la vida diaria absorben generalmente toda su atención, no dejándoles tiempo ni voluntad que dedicar a generalizaciones de esa especie. De ahí que hechos de aquella naturaleza, evidentes para algunos, pasen desapercibidos para la opinión pública.

Cuando algunas de estas perturbaciones en la marcha regular de una sociedad empieza a causar perjuicios de varias órdenes que alcancen a una porción considerable del público, las quejas de los lesionados vienen de todas partes, varían el tono, en el motivo, desarmónicas, incongruentes al parecer. Cada uno aprecia su propia lesión sin encontrar ni buscar relación que pueda tener con las demás.

En la atmósfera moral de Chile flota a la fecha un vago presentimiento de males futuros, de intranquilidad por el porvenir, de presagios siniestros; algo como la conciencia de un mal interno indefinido que royera sordamente los centros mismos de la vida nacional. Esta alarma de los ánimos ha traspasado ya los límites de la inquietante duda y el pueblo chileno empieza a perder la antigua fe en sus destinos. El lazo que une los mil motivos particulares de descontento es pues, el senti-

miento de nacionalidad, el instinto magníficamente desarrollados de patria.

Los prejuicios materiales de cada uno, ni sus injustas postergaciones, ni la suma de todos ellos bastan para explicar la dolorosa alarma de los corazones chilenos: no es el presente ni el futuro económico de su país lo que en primer lugar los inquieta, es su porvenir orgánico, su existencia de nación, de entidad política, de patria lo que sienten amagado por su base; notan que Chile empieza a descender la pendiente de la desorganización en cuya cima ven con espanto su disolución final.

Las perturbaciones del alma colectiva han sido estudiadas por Bossuet, Gobi-neau, Spencer, Mommsen, Taine, Ribot, Le Bon y otros sabios europeos, y ellas tienen siempre como causa natural la alteración étnica de los pueblos en que se presentan. Desde el Aguil-la de Meaux, fundador de la doctrina en su interpretación de la caída de Roma, se ha establecido la influencia desquiciadora del extranjero sobre los ideales religiosos, morales, políticos y demás cuyo conjunto armónico forma el alma de una nación. Basta una corta proporción de raza de psicología diversa en un pueblo, dice Le Bon, para acarrearle las más graves perturbaciones.

En Chile, como hemos notado, el exotismo ha invadido las esferas oficiales y adquirido una preponderancia por todo extremo peligrosa. La prensa del poderoso comerciante extranjero y el periodista inmigrante con su tenaz campaña de bur-las, de censuras, de reproches y hasta de injurias a todo lo genuinamente chileno, renovada día a día, sin perder oportunidad, sin descanso, durante años y años, produciendo primero el rechazo, luego el silencio y más tarde la duda en los mismos chilenos, ha traído por fin el desaliento a su alma cuando ha visto traducirse en hechos innumerables de flagrante injusticia lo que empezó como simple doctrina de desprestigio.

La perturbación en los sentimientos fundamentales de la moral familiar de un pueblo producida por una excesiva introducción de extranjeros de moral diversa, llama con especialidad la atención de los autores, pero aquí no debemos sino recordarla.

La presencia de extranjeros que han adquirido la ciudadanía en la nación a que llegan sin haberse adaptado al modo de pensar y de sentir de ese pueblo, sin haber hecho suyos sus ideales, constituye un

gravísimo factor de perturbaciones, por las circunstancias de que su exótica psicología es considerada como la de un ciudadano de esa nación, como las de un individuo de su pueblo. Con mayor razón es funesta la persistencia de esa falta de adaptación en los descendientes de aquellos extranjeros, puesto que su ciudadanía de nacimiento los habilita para el desempeño de todos los cargos públicos.

De tan extrema gravedad es el hecho apuntado que Bossuet no vacila en culparlo de la decadencia de la Ciudad Eterna y de su imperio. El Senado y demás gobernantes de sangre latina fueron sustituidos paulatinamente por ciudadanos romanos de sangre exótica cuando los bienes de fortuna habilitaron a los ciudadanos de cualquier procedencia para ocupar los cargos del Estado. La igualdad social que desde Canuleyo había autorizado el bastardeamiento de la raza latina primitiva permitiendo su unión con los pueblos indígenas de Italia, terminó su obra destructora de la nación romana en las postrimerías de la República, cuando Italia se llenó de inmigrantes venidos de todas las provincias del vasto imperio, a todos los cuales se había hecho extensiva la ciudadanía

romana, sin que los ligaran a los antiguos fundadores de la grandeza de Roma ni los vínculos de la sangre, de la tradición, de su culto, de sus glorias. El romano perdió sus virtudes porque había cambiado de raza.

Esa genial manera de comprender la evolución del Imperio Romano ha sido comprobada minuciosamente más tarde por los más sabios investigadores, con Gobineau y Mommsen a la cabeza, y es a la fecha la base de la metodología histórica.

El gran filósofo inglés Herbert Spencer aconsejó a los japoneses no permitir inmigración occidental ni mezclar con los europeos su raza, so pena de degeneración y pérdida de su nacionalidad.

Roosevelt, hoy el más ilustre de los estadistas, penetrado de la gravedad que entraña la presencia de inadaptados entre los ciudadanos de la Gran República, en su hermoso libro *El Ideal Americano*, expresa que el extranjero que adopte la nacionalidad estadounidense ha de estar dispuesto, llegando el caso, a empuñar las armas a favor de Estados Unidos y en contra de su patria de origen. Su tesis la ilustra a la vez con razonamientos y ejemplos prácticos tomados de su propia nación.

Los antiguos gobernantes de Chile exigieron la obtención de la ciudadanía a los primeros colonos extranjeros, y el juramento de adhesión y de fidelidad a su nueva patria prestado por los primeros colonos alemanes de Valdivia fue muy hermoso y lleva implícita la condición exigida por el sabio presidente de la Gran República.

El colono inmigrante Karl Andwanter, tomando la palabra a nombre de todos sus compañeros, dijo antes de firmar su título de ciudadano chileno: *«Prometemos ser ciudadanos honrados y laboriosos como el que más lo sea, amar a nuestra nueva patria como sus propios hijos la aman, y formar con ellos en las filas contra cualquier enemigo extranjero».*

A la fecha se estimula y protege por los poderes públicos chilenos la rotulación de colonias extranjeras que hacen alarde de conservar su primitiva patria, que perseveran en su fidelidad a un soberano extranjero de quien reciben protección y auxilios pecuniarios, constituyendo verdaderas provincias extranjeras, como lo manifiestan sin ambages, dentro de nuestra nación, hiriendo con ello profundamente los sentimientos de nacionalidad de sus ciudadanos.

Dada la inconsciente perturbación del espíritu nacionalista imperante hoy en Chile, es posible que muchos no acierten a explicarse las modernas doctrinas y encuentren exagerada la manera de llevarlas al terreno de los hechos por el sabio presidente de los Estados Unidos; pero es conveniente que sepan los empeñados en llenar de extranjeros a Chile y entregarles sus riquezas que es la destrucción de su patria lo que están llevando a cabo.

No se engaña, por lo tanto, el pueblo chileno al sentirse inquieto por el porvenir de su nación.

Hay personas que confunden, por falta de estudio y de meditación ordinariamente, al ser social con el ser universal, atribuyendo a ambos iguales pasiones y sentimientos, siendo que muchas veces son hasta opuestos. Tal sucede, por ejemplo, con ese sentimiento de conservación que aquí hemos contemplado.

El hombre es un ser incomparablemente más perfecto que el ser social; su individualidad está tan sólidamente constituida que sin peligro de ella puede dedicar una parte de su energía a otros fines que al de conservarla, estando, además, sus instintos reemplazados en gran parte por

la inteligencia. Por el contrario, una sociedad, por más fuertemente constituida que se encuentre es, aun, un ser rudimentario de formación reciente al cual le es indispensable, para conservar su débil e imperfecta trama orgánica, emplear en sí mismo todas sus aptitudes y energías vitales, esto es, necesita ser egoísta, como lo son todos los seres inferiores y como lo es el niño de corta edad.

Ejemplo muy elocuente a este propósito nos los presenta los Estados Unidos: entre los hombres más generosos del mundo se encuentran los estadounidenses, y la nación que han constituido es precisamente una de las mejor dotadas de ese instinto de conservación, una de las más egoístas. A ese sentimiento de solidaridad nacional, a esa conciencia de su individualidad como nación en frente de otros individuos colectivos o naciones deben los Estados Unidos su poderosa vitalidad como pueblo. Sabido es que crearon sus industrias cerrando puertas a toda manufactura extranjera. No habrían sido extranjeros los explotadores del salitre si ellos hubieran conquistado la tierra que lo produce como han impedido que extranjeros posean minas en las tierras conquistadas a España. Estados

Unidos es para los estadounidenses; allí no hay empleados públicos extranjeros, ni siquiera el más insignificante contrato de obra fiscal puede pretender uno que no sea ciudadano de la Gran República.

Presentado está al Congreso de aquella poderosa nación un proyecto que será luego ley y donde se impone una fuerte contribución a toda heredera americana que se case con extranjero y pretenda sacar del país la fortuna que en el país se ha formado, lo cual parecerá un insensato egoísmo a los que no saben explicarse esta clase de fenómenos sociales. De aquella rica y sabia República tenemos mucho que aprender. Ella debería ser nuestro espejo, nuestro guía, nuestro mejor amigo, en vez de alejarnos de ella dejándola relegada al olvido y en condición desventajosa respecto a algunas naciones europeas con las cuales celebramos tratados de comercio, haciendo con esa conducta una política contraria a los intereses permanentes del continente americano.

Conocido el papel desempeñado por el periodista extranjero entre nosotros, no debe hacerse caso de sus doctrinas, pues su campaña es interesada y, además, perfectamente falsa en su misión de desprestigio.

No hay viajero observador, entre los que han visitado el país, que no confíe en el porvenir que le está reservado, y su confianza la fundan, no en el clima ni en su riqueza del suelo, sino el carácter de su pueblo, de su raza autóctona, no del inmigrante de Europa o del Asia con el que se pretende reemplazarlo.

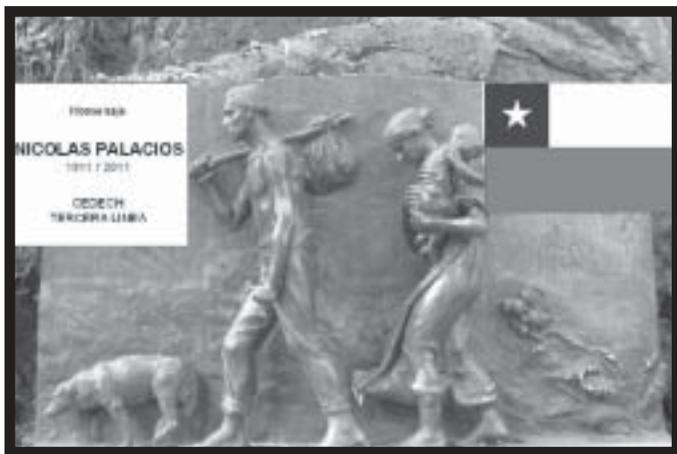
Ser chileno es una recomendación en los países que algunos conocen, salvo en los que tienen motivos particulares para no querernos.

Cinco repúblicas americanas nos han pedido maestros para su ejército, para su marina o para sus planteles de educación.

En Estados Unidos, patria de la electricidad, un chileno dirige una gran usina eléctrica. En Inglaterra, patria de marinos, otro chileno, el único extranjero que ha merecido el honor, dirige la construcción de uno de los grandes acorazados que reforzarán la escuadra de nuestros hermanos brasileños.

A esos periodistas descomedidos que han dado en apostrofar de Boxer a los chilenos que manifiestan de algún modo su amor a su patria, es conveniente recordarles lo que el ministro chino en Berlín contestó a un reportero pocos meses ha: *"el gobierno del Celeste Imperio está empeñado*

en apropiarse de la Civilización Occidental, como lo ha hecho Japón, para hacer suya la campaña de los Boxer, que hoy se ve forzada a reprimir, pues esa campaña está dirigida por la juventud más ilustrada de China, contra la infiltración del mercader europeo que pretende tratarnos como pueblo en decadencia y fácilmente explotable».



11.06.2011, Cerro Santa Lucía.
Se efectúa homenaje al ilustre chileno
ante monumento a su obra.

